

LIBROS / Críticas

¿Demasiada sierra mecánica?

Lemaitre, Sund y Llobregat nos ofrecen cabezas grapadas, dientes arrancados o dedos amputados en la moda de crueldad de la novela criminal; Salem, investigación gamberra

Por **Justo Navarro**

NARRATIVA. UN ASESINO BUSCA modelos de atrocidades para sus obras. ¿Dónde? En las novelas de crímenes. Pierre Lemaitre (París, 1951) imagina en *Irène* (título original, *Travail soigné*) una serie de crímenes entre 2001 y 2003, de la periferia de París a Glasgow, copiados de ficciones de James Ellroy, Bret Easton Ellis, William McIlvanney, Émile Gaboriau, Sjöwall y Wahlöf. Al asesino los periódicos lo llaman el Novelista. Su perseguidor será el comandante Camille Verhoeven, de 40 años y 1,45 metros de estatura por culpa de una madre fumadora: un Toulouse-Lautrec sin pelos en la cabeza, "gnomo de la policía judicial", funcionario prestigioso a pesar de sus indisciplinas, marido de la bella Irène. Si el criminal rinde homenaje sangriento a la novela policíaca, el excelente Lemaitre parte de una operación análoga: *Irène* parece seguir la fórmula de Agatha Christie en *Diez negritos*, donde una cadena de homicidios se ajusta, uno por uno, a las desapariciones descritas en una canción.

Hay en *Irène* un rasgo característico que se repite en otras novelas criminales contemporáneas: el gusto por los catálogos de herramientas destructoras, taladradoras, sierras mecánicas, pistolas de clavos, cuchillos, ácido clorhídrico, mecheros, cortauñas para arrancar labios, por ejemplo. Y también merecen registros escrupulosos los daños producidos: descuartizamientos, perforaciones, fracturas. Una cabeza aparece grapada en la pared por las mejillas, o encima de la cómoda con los ojos quemados, o, en *Persona*, pegada al cuerpo, pero con los dientes arrancados. *Irène* es la primera entrega de una trilogía dedicada a Camille Verhoeven, y *Persona* inicia la trilogía *Los rostros de Victoria Bergman*, de Erik Ax Sund, seudónimo de los suecos Jerker Eriksson (1974) y Hakan Axlander Sund-

quist (1965). Da la coincidencia de que Verhoeven y la policía de *Persona*, la comisaria Jeanette Kihlberg, sufrirán al final de su primera aventura casi el mismo martillazo del destino.

Hija y nieta de policías, mujer de un pintor y madre de un hijo (hijo de una pintora era el policía de *Irène*), Kihlberg investiga un misterio de adolescentes torturados hasta la muerte con minuciosidad, inmigrantes a quienes nadie busca ni reivindica. La trama, tensa, bien anudada, une a la comisaria con la psicoterapeuta Sofia Zetterlund, especialista en desdoblamientos y otros trastornos de la personalidad. Zetterlund no se puede quitar de la cabeza a una antigua paciente, Victoria Bergman, niña de la que abusaron su padre y otros hombres, mala quiza, porque criaturas como ella, a quienes "los adultos les robaron la infancia", acaban devolviendo los golpes: "Víctimas y verdugos se confunden". La capacidad de provocar en el lector cierta simpatía o compasión por el demonio es lo mejor de Erik Ax Sund, un caso literario de dos conciencias en una.

Jordi Llobregat (Valencia, 1971) exhibe en *El secreto de Vesalio* una ávida imaginación de coleccionista de maravillas, feliz de volver a juntar cuentos oídos muchas veces sobre enmascarados, sacrilegos experimentos, científicos locos, una humanidad fantasmal que habita en las cloacas, cajas de música con un compartimento secreto, mensajes en tinta simpática en un manuscrito del siglo XVI, gente que vuelve de la muerte y mata. En la Barcelona de 1888, en vísperas de la Exposición



Un momento de la investigación de un crimen. Foto: Getty Images

Universal, el cadáver de un médico insigne aparece en aguas del puerto. Jóvenes obreras se esfuman inexplicablemente y resurgen en las alcantarillas o en las dársenas, monstruosamente asesinadas. Daniel Amat, profesor de lenguas clásicas en Oxford e hijo del médico, se presenta en Barcelona para aclarar las circunstancias de la muerte de su padre. Lo anima un periodista de sucesos acabado, ham-

briento de una noticia sensacional: si no la encuentra en el plazo de una semana, lo echarán del periódico. (Por cierto, ¿en las redacciones de los periódicos resonaban ya en 1888 máquinas de escribir?).

Pero la novela de época no renuncia a la marca de la narrativa criminal vigente: *El secreto de Vesalio* comparte con *Irène* y *Persona* la insistencia en los repertorios sadianos de crueldades, y su inspector de policía, a pesar de ser más suave que el criminal de la historia, amputa un dedo con un cortapuros. El horror recreativo transforma a estas novelas en realistas, pero de una realidad de periodismo sensacionalista. Carlos Salem (Buenos Aires, 1959) se lo toma a broma: los crímenes de *En el cielo no hay cerveza* se ceban en tertulianos o presentadores de la televisión escandalosa. Los asesinados no son 10 como los *Negritos* de Christie, sino 12 como los apóstoles de Cristo, y lucen nombres transparentes, caricaturas de nombres reales del mundo televisivo español. El investigador, de Lavapiés, fue joven poeta de éxito y acabó travestido en autora de novelas erótico-sentimentales. El sospechoso, inocente pero cargante como un niño eterno, un tal Diosito, dice ser el segundo hijo de Dios y lo es de un millonario que se cree Dios. Salem utiliza la biografía de Diosito, "un evangelio de cerveza-ficción", para distorsionar el esquema de la novela negra hasta romperlo y ofrecer una novela de costumbres gamberras. •

Irène Pierre Lemaitre. Traducción de Juan Carlos Durán Romero. Alfaguara Negra. Madrid, 2015. 396 páginas. 19 euros.

Persona. Los rostros de Victoria Bergman. Erik Ax Sund. Traducción del francés de Joan Rimbau. Roja & Negra Random House. Barcelona, 2015. 404 páginas. 19,90 euros.

El secreto de Vesalio. Jordi Llobregat. Destino. Barcelona, 2015. 540 páginas. 20 euros.

En el cielo no hay cerveza. Carlos Salem. Navona Negra. Barcelona, 2015. 430 páginas. 17 euros.

Holmes tuvo a quién seguir

El detective Heller fue en 1871 el boceto de Sherlock 16 años después. Historia de dos precursores del género

Por **José María Guelbenzu**

NARRATIVA. DEBIDO A LA afición generada por la novela criminal ha empezado a prestarse particular interés a sus orígenes y varios expertos andan a la caza de las primeras novelas que puedan considerarse como tales. Balzac, Dickens, Wilkie Collins Gaboriau o Poe encabezan las listas de precursores, pero los dos libros objeto de esta reseña son principales candidatos, cada uno por un motivo diferente.

Maximilien Heller, publicada en 1871, es una recuperación singular porque el lector va a encontrar en ella un claro antecedente del gran mito de la novela de crimen y misterio: Sherlock Holmes. Estamos ante un detective (Maximilien Heller) que actúa solo, opera por deducción, es un misántropo, de carácter enérgico, que se encuentra deprimido y utiliza el láudano como estimulante; para mayor coincidencia, su aventura la relata un médico que se convierte en su amigo. La novela participa, como no podía ser menos por la época, de las características del folletón: es decir: nuestro detective utiliza su inteligencia, dotes de observación

y deducción, sí, pero corre aventuras y es un maestro del disfraz. No hace lo que los detectives de la edad de oro, que no se manchan las manos, sino, como Holmes, todo lo contrario: se introduce en barrios o casas ajenas, arriesga su vida... y sale triunfante. Es más: se enfrenta a un diabólico enemigo, el doctor Wickson, un misterioso y escurridizo individuo con fama de científico excepcional que en realidad dirige una banda de maleantes. ¿Será necesario mencionar aquí a Moriarty?

Las coincidencias son tan notables que cabe pensar que Conan Doyle conociera la novela, publicada 16 años antes de la aparición de Holmes; sin embargo, la verdad es que por mucho que fuera así, quien fija el mito es quien lo crea y define en sus características de manera definitiva, y esto corresponde a Conan Doyle. Lo que no quita para que los admiradores de la figura del detective disfruten con las aventuras de Maximilien Heller y se admiren de las coincidencias y diferencias. Lo cierto es que Heller es un boceto y no un retrato acabado; la técnica de Heller se basa en que la justicia va de lo desconocido a lo conocido (y juzga) mientras



Henry Cauvain
Maximilien Heller
Traducción de Eva González de época
Asturias, 2015
201 páginas
21,90 euros



El misterio de Notting Hill
Charles Warren Adams
Traducción de Concha Cardeñoso
Alba, Madrid, 2015
200 páginas
18,50 euros

que él va de lo conocido a lo desconocido. Hay en la acción de la novela más peligro que misterio en las escenas clave, y menos deducción; las descripciones se apoyan más en la acción que en la reflexión. El final es feliz y moralista porque Heller es un clásico moralista, y Holmes, en cambio, es más ambiguo y, por tanto, más moderno.

El misterio de Notting Hill se considera la primera novela de detectives, es decir: detective en todo el sentido de la palabra, por tanto, dedicado de lleno a ello, lo que le aleja de su antecesor Dupin, un aficionado diletante. El señor Henderson, el detective de la novela, es en realidad un agente de seguros que,

como tal, trata de desentrañar unas muertes en las que están en juego una herencia y un seguro de vida. Y hay que reconocer que, en efecto, su actuación es la de un verdadero investigador. La intriga se mantiene en la línea del mejor Wilkie Collins (con secuestros, desapariciones, usurpaciones de personalidad, venenos, hipnosis, hermanas perdidas...), pero carece de la dinámica de Collins, porque el autor se aplica con método y minuciosidad a establecer todos los datos de la investigación a riesgo de ser repetitivo (y a veces lo es), pero la construcción del misterio es digna del mejor policíaco.

Aquí, la aventura es sustituida por la lógica, que es la que abre el misterio con precisión de cirujano. De hecho, el lector va intuyendo la clave del relato a medida que se acerca a la resolución y sabe; lo que interesa en este caso no es "quién lo hizo" sino "cómo se hizo" y qué va a suceder con el criminal; y tanto en esto último como en el desarrollo basado exclusivamente en declaraciones de testigos, el relato puede considerarse un antecedente del primer gran novelista y creador de la *detective story*, R. Austin Freeman (1861-1939), cuyo personaje principal, el médico forense doctor Thorndyke, es el más notorio representante del detective que basa su investigación en la pura lógica deductiva. Lejos de toda intuición, por lo que describe el crimen desde el principio e, incluso, no tiene miedo a dejar ver al asesino en su transcurso. De él parte lo que será la edad de oro de la novela policíaca inglesa y americana. •